

Miguel Carlos Juan Verstraete

Yper, Flandes, 18-04-1939 — Mendoza, 17-11-2021

## *In Memoriam*





# Sobre un Cura gaucho y un Decano académico

---

**Elena María Calderón de Cuervo**

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

[ecalderondecuervo@gmail.com](mailto:ecalderondecuervo@gmail.com)

ORCID <https://orcid.org/0000-0002-7077-5608>

Nunca he escrito obituarios. No sé si no los sé escribir o no me salen, que para el caso es lo mismo. Además, Miguel Verstraete no me hubiera perdonado que yo le borroneara un obituario, con los requisitos retóricos del género y la debida solemnidad, porque nunca fuimos entre nosotros dos, en nuestras conversaciones, incluso en aquellas de jefe a subordinada, ni solemnes ni circunspectos. Por eso, esto que sé de él lo tengo que contar de alguna manera para que quede en la memoria de alguien o, al menos, en la mía. Y me sentiría rara si no le dedicara estas palabras. Y no por él, sino por mí, que creo pude ver esa arista de su espíritu y de su corazón que no era la que mostraba frecuentemente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, donde pasamos unos cuantos años, *Deo Gratias*.

El asunto es que, acostumbrada como yo estaba a oír al Decano de Héctores, Píndaros, Faustos y frónesis y todo lo que se llevó por delante la Posmodernidad cuando, ese día, quizá a raíz de su canonización, llegaron mis hijos del Colegio muy entusiasmados por una charla que les habían dado sobre la vida del Santo Cura Gabriel Brochero. La charla, divertida y entusiasta, la había dado el Profesor Miguel Verstraete y ellos, con toda la carga de su adolescencia encima, habían quedado realmente entusiasmados. ¡La simpleza de la vida del Cura reflejada en el retrato

que habían escuchado les había llenado el alma, mucho más que un pasaje heroico de la Historia Argentina o que cualquier aspecto de los trascendentales del ente!

Y yo entendí con eso al maestro Miguel Verstraete. Ahora que ya habían muerto los héroes griegos, la salvación, la alegría y el gozo quedaba recluida a un cierto heroísmo con minúscula. Era el curita gaucho olvidado en un rincón de Traslasierra mirado por quien, desde su perspectiva académica ya había distinguido al rey corrupto, a la reina degradada, al caballo de cartón y a la torre inmóvil que, como en un tablero de ajedrez virtual, solo hacen dinero y lo guardan. Pero el peón, el verdadero, el que realmente existe, está allí, en una frágil casilla o en una mula lenta y caprichosa. Y esa casilla, pequeña y olvidada, se convierte de pronto en una razón para luchar, o en la única razón para luchar, por almas por las que nadie lucharía, si es que tuvieran alguna vez idea de su existencia. Y Dios es así, raro y silencioso, y nos provee, a veces, de esas pequeñas trincheras para resistir y abrigarse del frío de las ideas vacías que hace afuera. Esta es mi casilla, aquí lucho por Dios y aquí muero. Y cómo reconforta y alegra el alma, chicos, alumnos, mirar a un lado y ver en esa pequeña casilla a ese peón de Dios, tan solo y asqueado del mundo como tú, pero que se mantiene erguido y alegre, con un Cristo entre sus manos. Hay aventuras maravillosas, vidas riquísimas, héroes impresionantes, que tensan el arco de sus vidas y apuntan sus flechas tan alto, tan alto que llegan al Cielo desde un rincón del tablero que nadie había soñado en advertir.

Y solo esto te permite comprender. Comprender que nacemos, vivimos y morimos en un mundo que hoy se ha vuelto absurdo, que a lo más que podemos aspirar es a asumirlo mirándolo de frente, con todo el respetuoso orgullo de quien se sabe o pretende al menos saberse peleando solo con Dios, que es el que todo lo puede y hace grandes tus pequeñas y pobres batallas en esas casillas olvidadas.

Y así entendí lo que Miguel les había querido decir a esos muchachitos: que los hombres vagan hace unos cuantos miles de años y que el que no respondió al llamado, al Grito del Nazareno, se lo lleva el viento de la nada, si es que eso es lo que queda después de que el juego se termina. Lo único que importa, entonces, es cómo y con Quién vives y cómo y con Quién mueres entre tus manos.

La autora es Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo, Doctora en Letras y Profesora consulta de la misma Universidad. Su área de especialización es la Literatura Hispanoamericana Colonial y el mundo latino de los Padres de la Iglesia. Directora del Centro de Edición de Textos Hispanoamericanos (CETHI) mediante el cual se han publicado numerosas obras de autores coloniales y del siglo XIX y se publica anualmente el Boletín Tabulae que recoge artículos de especialistas a nivel internacional sobre ecdótica.

\*\*\*

## A mi amigo, gracias

---

### Hugo Costarelli Brandi

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

Universidad Gabriela Mistral (Chile)

[hcostarelli@ffyl.uncu.edu.ar](mailto:hcostarelli@ffyl.uncu.edu.ar)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4302-6043>

*Normalmente los enamorados están frente a frente, absortos el uno en el otro; los amigos van el uno al lado del otro, absortos en algún interés común.*

*(C. S. Lewis, Los cuatro amores, 44)*

Uno de los grandes amigos de Antoine de Saint-Exupéry, Léon Werth, aquel a quien fuera dedicado ni más ni menos que *El Principito*, publicó en 1948 un desconocido libro en honor del famoso piloto francés que se llamaría *Saint Exupéry. Tel que je l'ai connu...*

Sus palabras iniciales, esas que suelen marcar la tónica de todo un escrito, son por lo demás sugerentes: “Qué me importa si él fue grande, si fue genial e incluso si fue el más puro de los hombres. Lo único que me interesa conocer de él es nuestra amistad”.<sup>1</sup> Creo que estas palabras bien pueden servir para sintetizar lo que ahora quisiera decir.

Hablar de un amigo suele ser a la vez fácil y difícil. Fácil porque los momentos y las ideas compartidas son muchos y patentes. Difícil porque, cuando se trata de un gran amigo, las mismas palabras parecen retacear la intención de quien habla.

El Dr. Miguel Verstraete fue en ese sentido, un amigo. O mejor, mi amigo. Sin duda podrá objetarse que la diferencia de edad que mediaba entre nosotros, una que nos separaba 26 años, presentaría un serio problema a semejante afirmación. Yo mismo lo hubiera planteado en otra época y circunstancia. Pero no es así.

Mi primer contacto con Miguel fue en sus clases de *Introducción a la Filosofía*. Debo confesar que si hay algo que no esperaba era su estilo. “Inclasificable”, repetiríamos años más adelante. Sus clases tenían la seriedad que ameritaba el trato con un ser vivo, con una filosofía que latía y se movía constantemente. No eran clases de *arqueología* ni de *anatomía filosófica*. La vida se respiraba en sus palabras, en sus gestos, en su concentración, pero era en él donde esa *bíos* reposaba. Este particular modo suyo, lejos de poner distancia con sus estudiantes, generaba un singular estado: de repente toda la clase olvidaba sus preocupaciones cotidianas y se enfrentaba con todas sus fuerzas intelectuales al problema de la *dýnamis*, de la *enérgeia* y sobre todo a la centralidad del *télos*; y ello generaba, con su persona, una afabilidad y buen trato quizás inesperados, cosas que me incitaron a integrar su cátedra primero como estudiante y luego como profesor. Allí conocí al maestro.

---

1) Léon Werth, *Saint Exupéry. Tel que je l'ai connu...* (París: Viviane Hamy, 2010), 60.

La cátedra prolongaba sus clases, pero con mayor intensidad. Su preocupación por la formación de los nóveles profesores, por lograr ese límite, la *ex-periencia* de la que tanto hablaba, no parecía presentar descanso. Los encuentros, las lecturas y explicaciones de los filósofos más importantes se sucedían en las reuniones de cátedra e iban generando en los participantes una auténtica cosmovisión, un completo *uni-verso*. Pero por encima de todo, lo que se iba generando era ese preciado don que toda comunidad sinceramente preocupada por la verdad, de a poco, saborea. Me refiero con ello a la *amistad*.

Quizás esto último llame la atención. Y lo digo porque Aristóteles, antes de caracterizar la amistad como aquella que se da “entre los hombres buenos e iguales en virtud”,<sup>2</sup> insiste en que ésta demanda una “benevolencia *recíproca*”.<sup>3</sup> Las reuniones, las conversaciones, las clases con Miguel no parecían ser eso. Su benevolencia hacia quienes lo escuchábamos era clara, pero, ¿podíamos quienes no sabíamos, quienes buscábamos en él un puente hacia la verdad, tener esa *reciprocidad* demandada para la auténtica *filía*? En suma, ¿podíamos ser amigos?

Este problema ya había sido tratado por el Estagirita, al advertir que “hay otra forma de amistad fundada en la superioridad”.<sup>4</sup> En efecto, en una *pólis* o en una comunidad, donde los hombres deben buscar la felicidad, es imprescindible que quien sepa en qué consiste, guíe a quienes lo desconocen con una pedagogía adecuada. Así, mostrando en sí mismo y de un modo existencial la virtud, el sabio puede hacerla amable. Y lo mismo debe decirse de la verdad. Ella no aparece patente a los ojos de cualquier ser humano en una primera instancia, y es por ello que se torna necesario alguien que la revele, que guíe y muestre con su ser la existencia de aquella. He aquí la *superioridad* en la que Aristóteles funda este tipo de amistad: la del buen político, la del buen profesor, la del sabio. Pero esa superioridad ¿no plantea un problema a la *reciprocidad*

---

2) Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, l. VIII, c. 2, 1156b (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1970), 127.

3) *Ibid*, l. VII, c. 2, 1156a, 124.

4) *Ibid*, l. VIII, c. 7, 1158b, 129.

demandada a la amistad? En principio parecería que quien vive la verdad o la virtud no podría guardar con quien la busca, es decir, con quien no la tiene, una adecuada reciprocidad.

El mismo Estagirita problematiza esta afirmación, llegando a mencionar que una profunda desigualdad incapacitaría incluso para el ejercicio de la amistad, como “es evidente sobre todo tratándose de los dioses, pues estos nos aventajan en el grado más alto en todos los bienes”.<sup>5</sup> Su solución transita el camino de la *proporción*: quien recibe de un superior algo que no tiene, se halla imposibilitado de retribuir dicho bien en idéntica reciprocidad, sin embargo puede hacerlo *proporcionalmente* al devolver en afecto, en amor, lo que recibe, “de modo que el que es mejor debe ser amado más que él amar”.<sup>6</sup>

Siempre y cuando exista una razonable *proporción*, concluye el Estagirita, habrá una posible amistad. Y esto es cierto, pero no podría con ello explicar del todo la amistad con Miguel. Y no lo digo porque aquello de su querido Aristóteles no fuera verdad, sino porque el trato con Miguel no reposaba sólo en el afecto que uno podría profesarle como retribución a su magnánima donación. No se trataba tan sólo de una amistad proporcional donde él fuera uno de los términos y yo el otro. En realidad, él siempre se me apareció como un *compañero de camino* más que como el otro término de la proporción recíproca aristotélica. Un compañero con el que caminábamos hacia *Algo*. O si se me permite, la amistad con Miguel siempre me pareció ser entre tres: yo, él y el *Principio*. En este punto, quizás Tomás de Aquino pueda explicarlo con más precisión. Contrariamente a lo sostenido por el Estagirita, el Angélico indica que “la caridad es una cierta amistad del hombre a Dios”,<sup>7</sup> cuyo fundamento no es otro que la posible comunicación de la Bienaventuranza: “sobre esta

---

5) Ibid.

6) Ibid.

7) Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-IIae, q. 23, a. 1, c. (Madrid: BAC, 1963), 141.

comunidad es necesario que se funde alguna amistad”.<sup>8</sup> Si es posible al hombre la Felicidad Eterna, y esto alcanza a todos los hombres, entonces ese estado final de *comunidad beata futura* plantea en esta vida un serio motivo de amor de amistad no sólo con Dios, Principio donante de dicha beatitud, sino también con esos hombres que pueden integrar aquella particular *societas*. Es por ello, advierte el Aquinate, que la caridad, como amistad, “no sólo se extiende a la dilección de Dios sino también a la del prójimo”.<sup>9</sup> Y esto sí me parece condecir más con la amistad que tuve con Miguel.

Esta amistad, nacida de la caridad, no fue un mero trato académico, no fue sólo una relación laboral, ni tampoco un simple afecto por quien compartiera un determinado horizonte de pensamiento. Cuando estaba con Miguel, éramos tres, y eso quedó claro siempre, y mucho más aún sobre el final de su vida. Ese Tercero siempre asomaba en el horizonte, confirmando aquellas exquisitas palabras de Agustín de Hipona: “no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de la caridad”.<sup>10</sup> El Tercero era ese *Arché* que establecía entre nosotros una nueva y particular *proporción*: en ambos radicaba la mutualidad del deseo, el *orégontai*, por la Bienaventuranza. Y si esto era así, cada uno de nosotros hallaba su valía no en sí mismos, sino en ese Fin Común que nos armonizaba. Esto explica también que Miguel siempre haya querido estar *desapareciendo*, escapando a los *honoris causa* y a los homenajes. Él no era el bien, ni la perfección, ni la felicidad, ni la verdad, en todo caso era un auténtico y sincero *profesor* y *pontífice*, alguien que se hacía eco de las palabras del salmo 113: “*non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*”. Y esa conciencia de *indigencia*, de *contingencia*, de *creaturidad* también era algo en lo que comulgábamos sinceramente. “Hay una sola cosa en que Dios y yo nos

---

8) Ibid.

9) Ibid, I-IIae, q. 25, a. 1, c. (Madrid: BAC, 1963), 164.

10) Agustín de Hipona, *Confesiones*, IV, 4, 7 (Madrid: BAC, 1991), 164.

diferenciamos –gustaba de repetir jocosamente–, en que Él es Acto y yo potencia”.

Y como potencia, como contingente que era, mi amigo partió para la Bienaventuranza promediando noviembre. Y los amigos quedamos como aquel aviador que despidiendo al Principito permanecía sumido en inicial tristeza. Internamente repetimos como rosario las palabras del Pequeño Príncipe: “parecerá que he muerto”. La apariencia no debía vencer a lo real. Nos dolíamos porque al no estar ese amigo, habría muerto con él un camino de acceso a lo real. Lo que Miguel vio y nosotros no podíamos ver, ya no se nos revelaría por esa singular y querida vía. Pero de esa misma tristeza nacían también dos cosas: alegría y esperanza.

Alegría por el don recibido. El Principito, antes de retornar a su asteroide, advierte al Aviador que no se entristezca más de lo debido, pues “cuando te hayas consolado, estarás contento de haberme conocido”. Y esto se ha tornado particularmente cierto: yo estoy muy contento de haber conocido y de haber sido amigo de Miguel. Estoy contento y agradecido, aun cuando las palabras en este punto siempre sean mezquinas para portar la gratitud debida. Y hoy día, con el colirio del tiempo sobre el dolor por su partida, me consuelo con el gozo de saber “que verdaderamente volvió a su planeta”,<sup>11</sup> a esa Bienaventuranza a la que pertenecía *potencialmente*. Y eso me llena de esperanza.

C. S. Lewis ha indicado, con muchísima razón que “la amistad no es una recompensa por nuestra capacidad de elegir y por nuestro buen gusto de encontrarnos unos a otros, es el instrumento mediante el cual Dios revela a cada uno las bellezas de todos los demás, que no son mayores que las bellezas de miles de otros hombres”.<sup>12</sup> Y ante ese don sólo cabe el agradecimiento.

---

11) Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*, c. 27 (Barcelona: Emecé, 1994), 91.

12) C. S. Lewis, *Los cuatro amores* (New York: Harper Collins-Ray, 2006), 62.

El autor es Profesor y Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo. Se desempeña como investigador y docente de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Cuyo. Su campo de investigación es el de la Estética Antigua y Medieval. Posee diversas publicaciones en el país y en el extranjero.

\*\*\*

# Miguel Verstraete, un ejemplo notable de virtudes y sabiduría

---

**Ricardo F. Crespo**

Universidad Austral

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

[rcrespo@iae.edu.ar](mailto:rcrespo@iae.edu.ar)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7555-5479>

Suelo dejar escritas en unos cuadernos notas acerca de hechos sobresalientes u ordinarios. No se trata de un diario, sino de relaciones de sucesos, novedades, actividades y encuentros simplemente constatados y a veces también comentados. Miguel Verstraete aparece frecuentemente en estas notas. Recogeré algunas de ellas en esta breve semblanza. Tienen la ventaja de no consistir en apreciaciones post-mortem que podrían caer en exageraciones, sino de reacciones del mismo momento del contacto con él.

Allí consta que lo conocí los primeros días de marzo de 1988. Con ocasión de haber rendido la materia “Historia de la Filosofía Contemporánea” en febrero de 1989 me mandó llamar unos días después para darme una devolución más allá de la nota. Habíamos dedicado el semestre entero a leer y comentar la *Genealogía de la Moral* de F. Nietzsche, guiados por la profesora Yolanda Russo. No es mi escrito “favorito” y se ve que se notó durante el examen. Miguel me recomendó entonces tener mayor ductilidad para “meterse” en los autores. Aristóteles recorrió todos sus antecesores y temas, argumentó. San Pablo llamó a

hacerse todo con todos, el Señor andaba con los pecadores. Las cosas hay que cambiarlas desde adentro, para poder entenderlas bien. El referente de Nietzsche era Kant. Es un pensador de una época que acaba y de otra que comienza. Dejar que Foucault complete su nihilismo. Nietzsche pregona un nuevo y verdadero cristianismo. Para que llegue la Resurrección es necesario pasar por la pasión y la muerte, la destrucción, la descomposición que Nietzsche anuncia. La conversación continuó más adelante, en mayo, volviendo sobre las mismas ideas. Kant es como un coloso indestructible. Hay que pegarle en el talón, y Nietzsche y Heidegger lo hicieron. Debemos dejar correr el nihilismo, para vivir hay que morir. Son ideas que le hemos oído mucho los que lo conocimos de cerca.

Los encuentros continuaron durante los años, en la Facultad, en comidas en su casa, o en casas de amigos comunes. También compartiendo actividades más largas como unas jornadas en Viña del Mar, la composición de un tribunal de tesis doctoral en Santa Fe, y amenas reuniones anuales de amigos de la Facultad de varios días en sitios apartados, hablando de filosofía, de la academia, del bien y del mal. Escribí el 6 de diciembre de 1997 después del viaje a Santa Fe: "Miguel es valioso, honesto, ameno, íntegro". A fines de 1999, participé con él en la comisión de evaluación de pares. Recuerdo la delicadeza con que trató algunos casos con problemas, invitándonos a practicar con ellos la "corrección fraterna".

Cuando debí trasladarme a Buenos Aires a fines de 1999 y fui a contárselo, entendió muy bien los motivos, me habló de servicio, de dar fruto. Escribí: "la reacción de Miguel fue fantástica y la recordaré toda la vida. ¿Será Miguel o el Espíritu Santo? ¿o ambos? (ambos)". De nuevo destacué sus cualidades el 17 de agosto de 2003: "estuve con Miguel: maestro como siempre. Un ejemplo notable de honestidad, virtud, sabiduría, ¡cómo me ha enseñado este hombre!". El 8 de agosto de 2005, "vi a Miguel, valioso como siempre". Expresiones de este tipo se repiten

en diversos momentos: “qué buena persona” (16 de abril de 2006), “cariñoso como siempre” (18 de septiembre de 2006), “luchador, con visión” (8 de julio de 2007), “modelo de humildad” (12 de agosto de 2007). Así, durante años. No dejó de llamarme por mi cumpleaños, hasta el último, antes de morir.

El 14 de agosto de 2005 escribí una carta proponiendo su nombramiento como Profesor Emérito, cargo que no quiso aceptar. En dicha carta, cuya copia conservo, destacué las siguientes cualidades de Miguel: su confianza en las personas, su disponibilidad, rectitud, comprensión, laboriosidad, su espíritu de servicio, “un hombre espléndido, el tipo de hombre que uno querría ser”.

Más cerca de su muerte, en 2019, escribí después de un encuentro con él: “un hombre sabio y santo. Ha estado muy enfermo y se va recuperando de a poco. Una idea: no hay que descartar el corazón, complementar una fe viva, los padres de la Iglesia, con la escolástica. Hechos 6, primeros versículos, sobre otro tema; la filosofía como servicio” (3 de septiembre de 2019).

Tendría muchos más recuerdos para relatar. Pero pienso que estas notas bastan para reflejar algunas de sus ideas centrales y sus notables cualidades. Nos deja un legado difícil de alcanzar, comportarse siempre con rectitud y honestidad, vivir una vida verdaderamente filosófica. Pero más fácil de realizar si recordamos su ejemplo.

El autor es Licenciado y Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo, Licenciado en Economía por la Universidad Católica Argentina (Buenos Aires) y Doctor en Economía por la Universidad de Amsterdam. Es Profesor en la Universidad Austral; también Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Su campo de investigación es la Filosofía de la economía. Posee múltiples publicaciones en el país y en el extranjero.

\*\*\*

# Las humanidades como vocación y como ornato

---

**Jorge Martínez Barrera**

Universidad Católica San Pablo (Perú)

[jemartinez@ucsp.edu.pe](mailto:jemartinez@ucsp.edu.pe)

*“A mi higuera y a mi huerto volverás.  
Por los altos andamios de las flores,  
tu alma colmenera pajareará”.*  
(Fragmento de la Elegía a Ramón Sijé,  
de Miguel Hernández)

## A la memoria de Miguel Verstraete

Conocí al profesor Miguel Verstraete en mi condición de alumno de la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo, durante uno de los períodos más convulsionados de la historia argentina y de mi propia historia personal. Respecto de lo primero, eran los años del gobierno militar y de sus actos por todos conocidos. Respecto de lo segundo, no vale la pena entrar en detalles que seguramente a nadie interesan, pero justamente en esos detalles intervino Miguel. En ese tiempo me costó entender por qué un profesor importante había puesto su atención en un alumno mediocre a punto de renunciar a sus estudios, al que convenció, con las inexpugnables razones del afecto, de continuar. Y aquí estamos, 45 años después. Por eso ahora, con una vida académica en sus tramos finales, ofrezco estas modestas reflexiones como un homenaje y a la vez como ínfimo pago de una deuda de gratitud que no cesa.

Así entonces, el tema de estas cavilaciones tiene directa relación con lo que pasó en aquellos años cuando Miguel posó su mano en mi hombro,

es decir, con la vocación filosófica, o con las Humanidades si se quiere. A nuestro asunto pues.

En el segundo capítulo del primer libro de la *Ética Nicomáquea*, después de una muy apretada exposición sobre el sentido de todas las cosas y sobre la necesaria ordenación jerárquica de todos los fines, leemos una idea inquietante sobre la que, creo, poco se ha reflexionado. Pido perdón al lector que seguramente ha leído estos pasajes con muchísima frecuencia, pero es necesario que los recordemos. Son las líneas que corren al comienzo del cap. 2 (1094a 18 – 24):

“Si existe, pues, algún fin de nuestros actos que queramos por él mismo y los demás por él, y no elegimos todo por otra cosa –pues así se seguiría hasta el infinito, de suerte que el deseo sería vacío y vano-, es evidente que ese fin será lo bueno y lo mejor. Y así, ¿no tendrá su conocimiento gran influencia sobre nuestra vida, y, como arqueros que tienen un blanco, no alcanzaremos mejor el nuestro?”

Ciertamente hay aquí una fuerte afirmación de la finalidad universal, incluida su expresión humana. Hay un fin de nuestros actos y de nuestra vida en general. Ahora bien, lo que resulta inquietante es que la existencia de una finalidad humana no garantiza que la conozcamos espontáneamente. El sentido último de nuestra vida no es puesto por nosotros, probablemente porque no somos vivientes que se hacen a sí mismos. No somos artesanos de nuestra propia naturaleza, a la cual podríamos darle el sentido que quisiéramos, como hacemos con los artefactos. Eso, por una parte. Y por otra -a eso me refería más arriba como un asunto poco tratado-, parece que el conocimiento de esa finalidad es opcional. La pregunta “¿no tendrá su conocimiento gran influencia sobre nuestra vida?” presupone una exhortación a conocerlo. Y si hay exhortación es porque podríamos vivir la vida entera sin saber de él. Si quisiéramos, podríamos vivir una vida inercial que, no por ello, sería menos humana. En el mero vivir ya hay una cierta felicidad y dulzura natural, leemos en *Política*, III, 1278b 4.

La vida en un medio de alta densidad tecnológica como el nuestro favorece precisamente ese existir por inercia. Los protocolos, procedimientos y burocracias son una transcripción práctica de la eficacia de nuestros dispositivos tecnológicos, que ya no podríamos considerar como simples instrumentos. Y éstos a su vez podrían ser la condensación de una opción de vida. Sin embargo, vivir “eficazmente” está muy lejos de la vida filosófica, si es que por “vida filosófica” entendemos una vida concebida como un compromiso con la verdad, como leemos en *Metafísica* 993b 20, antes que como un texto ya escrito de una vez y para siempre. Por el contrario, *vivir* filosóficamente implica poner en edición nuestra existencia. Si no nos está dado postular su sentido último, sí podemos configurar el camino que nos lleva a él.

Con el estudio de las Humanidades nos vemos movidos a hacernos algunas preguntas relacionadas con el trayecto y sobre todo con su fin. Ciertamente nadie negaría la importancia de algo que nos convoca desde lo más íntimo en tanto seres humanos. En principio nadie puede ser indiferente a este llamado; sin embargo, encontramos a muchas personas cuya vocación no pasa por responder a las preguntas radicales que legítimamente podemos hacernos respecto de lo que somos, de lo que debemos y podemos esperar, y especialmente del sentido de nuestras vidas. Hay algunos pocos cuya primera vocación conecta con esto, pero hay incontables mujeres y hombres cuyas primeras vocaciones no pasan por ahí, sino que se sienten llamados por otro tipo de intereses. Y en buena hora que así sea. De otro modo, no tendríamos médicos, ingenieros, empresarios, músicos, militares o biólogos, por citar algunos ejemplos. La fidelidad a una vocación no necesariamente implica un preguntar radical acerca de nosotros mismos.

Por eso podríamos hablar de la “vocación” en un doble sentido. El primero de estos sentidos, tal vez el más espontáneo, se relaciona con nuestros gustos e intereses más inmediatos. Éstos dependen de un conjunto de factores sobre los que tenemos poca o ninguna influencia:

educación, entorno familiar o social, o incluso afinidades innatas con este o aquel sector de la realidad.

Sin embargo, un segundo sentido de la “vocación” ya depende más de nosotros y podríamos considerarlo como un llamado que apela a nuestra responsabilidad, y respecto del cual gozamos de plena libertad para acogerlo o no. Se trata de responder a la exhortación aristotélica citada más arriba. Lo sorprendente es que, si no acogemos ese llamado, no por ello seremos moralmente imputables. Nadie podría reprocharnos que no nos inscribamos en Maestrías en Humanidades o en Doctorados en Filosofía, Historia o Letras. Con todo, esa plena libertad con que podemos enfrentar esta segunda vocación hace que seguirla nos enaltezca como personas, engrandezca nuestra alma y nos ponga en el camino de cierta perfección humana. El compromiso con esta segunda vocación (o llamado, que eso significa “vocación”), que ya no es espontánea ni está necesariamente ligada a nuestros gustos, exige de nosotros cierto esfuerzo, cierta capacidad de romper el tentador letargo de la vida eficaz. Estudiar Humanidades, y más especialmente cuando ya hemos atendido el llamado de la primera vocación, no es un salto al vacío, sino un compromiso con una forma más plena de encarar la propia existencia. Cuando hablamos de un “Postgrado en Humanidades”, por ejemplo, no hablamos solamente de un grado académico, sino de un vínculo ético con la respuesta a preguntas esenciales, guiados por la pericia y sabiduría de quienes nos han precedido en ese mismo camino.

Esta tarea es tanto más urgente cuanto más nos sabemos inmersos en un mundo de alta densidad tecnológica, como señalé más arriba, donde parece haberse esfumado la relevancia de la verdad en favor de la eficacia, y en donde la tendencia a los automatismos parece erosionar nuestra espiritualidad, es decir, lo que más nos define como seres humanos. Desplegar nuestra existencia sin hacernos cargo de la verdad, o sustituyéndola por la eficacia de las tecnociencias, es una forma nociva de autoengaño, tal vez la más perniciosa. El compromiso y la veneración

de la verdad no nos proporcionan, ciertamente, el hábitat agradable que nos ofrece la eficacia de nuestros artefactos, pero nos brinda una irremplazable ocasión de verdadera plenitud humana.

El compromiso con esta segunda vocación no es tampoco una promesa de cómoda instalación en la verdad, pues ésta nunca promete placidez. La promesa que sí hace la verdad, en cambio, apunta a uno de los más insondables misterios de nuestra naturaleza: la libertad.

La importancia de las Humanidades va manifestándose así, al espíritu atento, a medida que los aparentes progresos materiales del mundo las muestran como algo puramente ornamental.

Una vez más, tal como hicimos con la vocación, podemos distinguir en lo “ornamental” un doble sentido. Uno, el promovido por alguna forma de inmediatez utilitaria, es el que hace del ornamento algo superfluo, puramente exterior y cambiante. En otro sentido podemos decir que la dignidad de este ornamento que son las Humanidades está inexorablemente ligada a nuestra propia naturaleza. Y aquí el ornamento no es superfluo, sino *esencial*; no es exterior, sino *entrañable*, es decir, habita en la interioridad de todos y cada uno; y finalmente no es mudable, sino *perdurable*.

Y si esto es así, diríamos que el estudio de las Humanidades es como una liturgia en la cual celebramos nada menos que nuestra propia dignidad.

Finalmente, es necesario recordar también que esa dignidad no puede ser autorreferencial. Si ella está asociada a una vocación, a un llamado, es evidente que ese llamado no es un eco; no tendría sentido convocarnos a nosotros mismos. Sentirnos “llamados” necesariamente habla de alguien que nos llama. Y es en este momento cuando podríamos reformular la pregunta de Aristóteles en términos ligeramente diferentes que apunten, sí, al conocimiento de ese fin de nuestra vida, pero también

al de Quien nos llama. Tal vez las Humanidades no sean más que eso. Ni menos.

El autor es Licenciado en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y Master of Arts y Dr. en Filosofía por la Université Catholique de Louvain (Bélgica). Actualmente se desempeña como Profesor a tiempo completo en la Universidad Católica San Pablo, de Arequipa (Perú). Ha publicado cinco libros y más de 70 artículos en revistas especializadas. Sus intereses son la Filosofía Medieval, la Bioética y la Filosofía Política.

\*\*\*

# En memoria de un gran académico y noble amigo

---

**Carlos Ignacio Massini-Correas**

Universidad de Mendoza (Argentina)

[carlos.massini@um.edu.ar](mailto:carlos.massini@um.edu.ar)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9737-1996>

*Sine amicitia, vitam esse nullam*

Marco Tulio Cicerón

Hace unos pocos días, falleció serenamente en su casa de Mendoza un hombre extraordinario e intelectual de especial relieve, que marcó con su enseñanza erudita y profunda y con su trato de una bonhomía notable, su extenso paso por la vida universitaria. Miguel Verstraete había nacido en Bélgica - más precisamente en Flandes - en una ciudad cercana al puerto de *Dunkerke* (que significa “la Iglesia de las dunas”), de épica memoria por la batalla que allí se desarrolló a comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

Trasladado de niño con su familia a Mendoza, recuerdo haberlo conocido, aunque superficialmente y junto con un hermano unos pocos años menor, en el Colegio Secundario, donde estudiaba unos años (5 o

6) antes y ya se había ganado una justificada fama por la profundidad de sus estudios y su disciplina intelectual. Después, la vida universitaria nos hizo tomar caminos divergentes: él estudió Filosofía en la Universidad de Cuyo y yo seguí Derecho en la Universidad de Mendoza. Además, poco tiempo después de recibirse, Miguel viajó a *Leuven* (la Lovaina flamenca; la francesa, que queda cerca, se llama *Louvain la Neuve*) a profundizar sus estudios de filosofía y donde investigó sobre las ideas del personalista francés Gabriel Marcel. Y cuando volvió a la Argentina fue contratado como docente en la Universidad del Nordeste, es decir, en la provincia del Chaco, donde permaneció unos años, para retornar luego a Mendoza en 1983, donde ganó los concursos de Introducción a la Filosofía y de Filosofía Contemporánea. Desde entonces ejerció sabiamente esas cátedras por más de treinta años, puntualmente, hasta 2007, dictando también otras, como la de Filosofía del Hombre en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Mendoza.

En los años '70 inicié mi contacto con él - que al poco tiempo se transformó en amistad - gracias al trato afectuoso e intelectual que ambos teníamos con un destacado abogado y profesor en mi cátedra de Filosofía Jurídica, Carlos Alves Carneiro. Este último fue un universitario estudioso y especialmente inteligente, pero lamentablemente muy poco amigo de la escritura, donde podría haber dejado un testimonio valioso de lo mucho que sabía. Tampoco fue Verstraete amigo de dejar sus múltiples ideas por escrito, por lo que su producción literaria fue en general escasa y desproporcionadamente exigua, comparada con la profundidad, originalidad y extensión de sus conocimientos. De todos modos, es de rigor mencionar un libro escrito como texto de su cátedra de Introducción a la Filosofía, *El concepto del hombre. Interpretaciones del De Anima de Aristóteles*, otro que contiene partes del texto de su tesis doctoral: *Posmodernidad. La crisis contemporánea como experiencia especulativa* y varios trabajos, originales y rigurosos, publicados muchos de ellos en la Revista *Philosophia*: "Husserl y Heidegger. Una reflexión recuperadora a

través de la fenomenología”, “La experiencia de la diferencia finito-infinito”, “La atrofia de la sensibilidad o el olvido de sí mismo”, “Reflexiones sobre el espacio-tiempo”, “Acercas del concepto de interioridad” y “El sentido del ateísmo contemporáneo”, entre varios otros. El hecho es que nos hicimos buenos amigos, y seguimos siéndolo por décadas, con enorme provecho para ambos, especialmente para mí. Es más, durante algunos años organizamos, junto con Ricardo Crespo, unas reuniones de diálogo filosófico que denominamos, por sugerencia de Miguel, “Convivios” y en los que se exponía y se debatían los temas en los que estábamos trabajando cada uno; recuerdo estos debates como los más atrayentes y fructíferos de entre los muchos que he tenido en mi vida.

Pero lo más relevante de esta época de la vida de Miguel fue su elección, en 1986, como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que ejerció por dieciséis años con una solvencia, eficacia y prudencia extraordinarias, y que sólo hubo de abandonar en 2002 en razón de una modificación del Estatuto de la Universidad, por el que se prohibió la relección sucesiva de las autoridades por más de dos períodos de cuatro años. Durante todos esos años, su decanato fue una combinación de realismo prudente, compromiso, armonía y amistad universitaria. Y también mantuvo siempre una ineludible fidelidad a los principios que consideraba, con fundamentos sólidos y razonables, que debían regir la vida de las universidades. No siempre las cosas salieron como a él le parecía bien, pero tampoco intentó imponer irrazonablemente sus criterios, por la violencia, la simulación o el engaño.

Pero más allá de recordar sus cargos docentes y directivos, ejercidos siempre con rigor y bonhomía, vale la pena decir algunas palabras sobre su modo y líneas de filosofar, que han dejado en su Facultad y en varios centros de pensamiento de América y Europa una guía y unas ideas de especial valor teórico. La primera de las características de la obra, oral y escrita, de Miguel Verstraete, es que más que exponer o desarrollar ideas de otros filósofos, enseñaba a pensar - y pensar bien - a sus colegas

y discípulos. En efecto, su discurso filosófico se orientaba a que quienes lo leían o escuchaban comenzaran a pensar desde los principios, fueran éstos los principios más universales, o bien los más concretos, captados por la experiencia. Y recién a partir de allí, con objetividad, rigor lógico y amor por el saber de lo que las cosas realmente son, desarrollar los conceptos, las inferencias y fundamentos del tema objeto de estudio. Por supuesto que en este proceso no es posible olvidar las contribuciones realizadas por los mejores filósofos de la historia del pensamiento, pero no se trata de repetirlos, sino de discutirlos, superarlos y de utilizarlos como colaboración valiosa en la búsqueda personal de la verdad en términos de raíces y con carácter universal.

Por otra parte, Verstraete nunca pensó que se pudiera pensar desde cero, es decir, fuera del marco de una tradición de pensamiento e investigación. Esta idea, central para la filosofía, ha sido defendida recientemente por Alasdair MacIntyre, Giuseppe Abbà y Robert P. George, para quienes ningún filósofo comienza a pensar desde sí mismo, sino que se enfrenta a los problemas filosóficos planteados por la lectura de los textos de otros filósofos, fundamentalmente de los fundadores de las tradiciones de pensamiento. Continuando su desarrollo, defendiéndolas, corrigiéndolas, modificándolas frente a la aparición de nuevos problemas, críticas u objeciones, los auténticos filósofos dan vitalidad, desarrollan y enriquecen estas tradiciones filosóficas, transformándolas en marcos dentro de los cuales es posible pensar al hombre y al mundo de un modo valioso, profundo y prolífico.

En este sentido, Verstraete había adoptado la perspectiva aristotélica de la filosofía, mixturándola a veces con ideas de Hegel (mixtura con la cual yo no estaba demasiado de acuerdo) y, a partir del estudio de las ideas centrales del filósofo de Estagira, las había repensado, reelaborado con la ayuda de varios filósofos contemporáneos y reformulado con una profundidad asombrosa e indudablemente original. Pero nunca pretendió que lo que él exponía fuera una especie de “vestraetismo”, sino una

profundización, actualización y clarificación de la filosofía aristotélica. Esto lo expuso magníficamente en la que (creo) fue su última conferencia, dictada en la amplia casa de un joven estudiante de Filosofía, con el título de “Los orígenes de la filosofía en el pensamiento griego”, y a la que asistí en la condición principalmente de chofer del conferenciante.

Ahora bien, y llegado el momento de cerrar las páginas que me han sido asignadas, conviene hacer una referencia breve a ciertas notas más de la personalidad filosófica de Miguel Verstraete. Ante todo, uno de los datos que más ayudó a la profundidad, particularidad y carácter primordial de su pensamiento es de carácter tecnológico: no tenía computadora ni teléfono celular; esto le evitó el “cortar y pegar” que tanto arruina los escritos de muchos pensadores contemporáneos; a los textos de Miguel había que pensarlos, analizarlos, contextualizarlos y no sólo mirar las notas al pie de página. Además, y en segundo lugar, conviene destacar el compromiso demostrado por Miguel con las carreras universitarias de sus discípulos y amigos; en cuanto reconocía cierto talento y rectitud de carácter en alguno de ellos, se encargaba de conseguirle becas, trabajos docentes, puestos de investigador; en otras palabras, de promover e impulsar su carrera y su situación laboral; y todo ello sin el mínimo autointerés, sin pensar jamás en la posibilidad de alguna retribución del favorecido. Y en tercer plano, y *last but not the least*, es preciso recalcar la integridad, coherencia y solidez de su vida religiosa, que se mantuvo incólume hasta el momento de su partida; pero Miguel no era de los que entremezclan citas bíblicas en los textos filosóficos, ya que siempre creyó en la estricta racionalidad de la filosofía y las diferencias de su abordaje con el propio de la teología; esta consistencia cristiana de su vida en un tiempo en general laicista, le atrajo varias críticas, ninguna con fundamento razonable, pero que él enfrentó con coraje y serenidad; pero estoy convencido de que esas críticas no hacen sino ensalzar su figura, ya que aquellos que no reciben ninguna crítica es generalmente porque nunca han hecho ni servido para nada. Por todo ello, y mucho más de bueno que podría decirse, Miguel Verstraete ha sido uno de los más

destacados filósofos argentinos, un universitario integral y comprometido, y un amigo entrañable que extrañaremos hasta el último día de nuestras vidas.

El autor es Abogado, Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales y Doctor en Filosofía. Catedrático de Filosofía Jurídica en la Universidad de Mendoza-Argentina, donde dirige el Instituto de Filosofía Práctica. En el nivel de posgrado, es profesor de los Doctorados de la Universidad Austral de Buenos Aires, de la Universidad Panamericana de México y de la Universidad de Los Andes de Santiago de Chile. Fue Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), Director del Doctorado en Derecho de la Universidad Católica de Santa Fe y Secretario Académico de la Universidad de Mendoza. Tiene publicados 30 libros y más de 200 artículos en América y en Europa sobre temas de Filosofía del Derecho, Filosofía Política, Ética y Bioética. Ha sido *Visiting Scholar* en las universidades de Münster, París, Navarra, La Coruña, Notre Dame-Indiana, Panamericana de México, De los Andes de Chile, etc. En el año 2016 la Universidad Nacional Autónoma de México publicó un *Festschrift* de 636 páginas en homenaje a su actuación intelectual y 2021 la Universidad Austral de Buenos Aires lo designó *Doctor Honoris Causa*.

\*\*\*

# Vivir rectamente es alcanzar la verdad. A la memoria de Miguel Verstraete

---

**Ceferino Muñoz Medina**

Universidad Nacional de Cuyo

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

[ceferino.munoz@ffyl.uncu.edu.ar](mailto:ceferino.munoz@ffyl.uncu.edu.ar)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0372-789X>

El 17 de noviembre de 2021 recibíamos la triste noticia de que nuestro querido amigo y maestro, Miguel Verstraete, nos había dejado físicamente. Con la habitual paradoja que suele acompañar la muerte de

una persona de vida ejemplar, nos alegrábamos, al mismo tiempo, porque teníamos la certeza moral de que nuestro admirado profesor pronto estaría gozando de aquello que siempre buscó en esta vida: conocer a Dios.

Son muchas las enseñanzas, las vivencias y las anécdotas que nos dejó Miguel. Elijo para esta ocasión hacer breve referencia a un par de virtudes que lo describen y que creo que aquellos que lo conocieron acordarán en destacar. Son, por lo demás, las que personalmente más me cautivaron desde que lo conocí, allá, en mi primer año como estudiante de filosofía, y que ahora me siguen cautivando ya como profesor.

La primera de ellas fue su entereza moral. Miguel era un hombre de una sola pieza, íntegro por donde se lo mirara; esto porque su vida intelectual era parte de su vitalidad ética, pues había decidido ajustar su quehacer sapiencial a las exigencias de su conciencia moral. De allí que Miguel cuando se preguntaba cuál era el *ergón*, la función propiamente humana, no dudaba en responder que es “la que corresponde esencialmente al hombre: la obra *káta tón lógon*, la obra conforme con el logos; el logos extendido realizado en su obra”.<sup>13</sup> Por eso se entiende que la filosofía de Miguel era una filosofía vital, del compromiso, de la entrega generosa. Él mismo enseñaba que “El espíritu se define en *ser-don-de-sí*, ofrenda universal, ser-para. Aquí el espíritu se ha realizado: pleno encuentro consigo en espíritu y verdad, en enérgueia y ergón. Su ousía atestigua la *unidad* de sí en la *verdad* que es su *bien*”.<sup>14</sup>

Para Miguel la importancia del discurso filosófico radicaba en su poder de producir una verdadera transformación del alma de sus oyentes, empezando por la suya propia. “A medida que el hombre se realiza – decía– es más dueño de sí, más sí mismo y se pertenece más. Pero esa

---

13) Verstratete, *Introducción a la filosofía*, 151. Las cursivas reemplazan a las negritas del original. Salvo indicación de lo contrario, será igual en el resto de las citas donde haya cursiva.

14) Verstratete, *Introducción a la filosofía*, 151.

pertenencia tiene una dimensión universal, no egoísta. En consecuencia, su plenitud se hace efectiva en el “dar” de eso que es. Por lo tanto, el hombre en su concreta y efectiva realidad “exige menos para sí y da más”. Su modo de ser se perfila en la generosidad; se define como amor”.<sup>15</sup> He aquí un retrato de Miguel.

No hay dudas de que cotidianamente hacía carnadura aquello que entendía, creía y profesaba. Él nos legó –entre sus tantas enseñanzas– que el filósofo, en sentido estricto, es el que vive como tal y no meramente el que investiga, escribe o enseña filosofía. El filósofo vive a tal nivel de compromiso lo que predica que incluso está dispuesto a ofrecer todo lo que tiene a cambio de no corromper su moral. Quien trató a Miguel habrá podido reconocer en Sócrates uno de sus modelos de inspiración: “En cuanto a mí –nos dice el griego–, a lo largo de toda mi vida, si alguna vez he realizado alguna acción pública, me he mostrado de esta condición, y también privadamente, sin transigir en nada con nadie contra la justicia”.<sup>16</sup>

La segunda virtud que quiero rescatar es su don para enseñar. Esta entereza moral que antes mencionaba permitía abrir, así, un nuevo momento experiencial de Miguel, pues él sabía que nadie que se precie de ser amigo de la sabiduría puede filosofar y al mismo tiempo llevar un modo de vida incompatible con la filosofía. Solamente un hombre con un *modus vivendi* coherente puede llegar a las alturas del magisterio tal como lo hizo Miguel. Sabía que la autoridad que el pedagogo posee le viene en cuanto él es causa ejemplar: su principal *licentia docendi* es la virtud del ejemplo. Miguel enseñaba existiendo. La vida misma de Miguel era su principal fuente de sabiduría.

Es sabido que desde Platón en adelante el maestro le habla al discípulo. Miguel siguió fielmente esa tradición: sus clases y conferencias eran tales que movilizaban por completo a sus oyentes. Además, sabía

---

15) Verstratete, *Introducción a la filosofía*, 159. Los resaltados pertenecen al original.

16) Platón, *Apología* (Gredos, Madrid, 2010), 33a.

perfectamente con Aristóteles que la elección del hombre era inteligencia deseosa o deseo inteligente. Por ello cada palabra de Miguel se dirigía a la totalidad del hombre en busca de la totalidad del ser. A propósito, George Steiner nos recuerda que “El Maestro, el pedagogo, se dirige al intelecto, a la imaginación, al sistema nervioso, a la entraña misma de su oyente [...] Se apela a una totalidad de mente y cuerpo. Un Maestro carismático, un “profe” inspirado toma en sus manos, en una aprehensión psicosomática, radicalmente “totalitaria”, el espíritu vivo de sus alumnos o discípulos. Los peligros y los privilegios no conocen límites”.<sup>17</sup>

Así, la palabra de Miguel era una palabra viva, vigorosa, dinámica, que interpelaba permanentemente y sin remilgos a los presentes. Nadie salía igual después de haberlo escuchado: eso era imposible. Nuevamente Steiner da con el nervio del magisterio de Miguel al resaltar que “los peligros se corresponden con el júbilo. Enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital un ser humano. Es buscar acceso a la carne viva, a lo más íntimo de la integridad de un niño o de un adulto. Un Maestro invade, irrumpe, puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir”.<sup>18</sup>

En esta misma tesitura, Simplicio decía que la *función* del filósofo en la ciudad era la de ser escultor de hombres, y esa fue una de las grandes misiones que tuvo Miguel tras su paso entre nosotros. Pero no lo hizo de cualquier modo, sino que tuvo el gran mérito, además, de esculpírnos al tiempo que nos acercaba al misterio de lo absoluto, del Absoluto. Nos mostró que la filosofía no es un simple ejercicio dialéctico o un mero recorrido histórico por los grandes pensadores. No, la auténtica actividad especulativa es mucho más, pues transforma el espíritu y nos hace semejante a Dios. A Miguel bien podrían aplicarse las palabras de Ovidio en referencia a Pitágoras: “se acercó con su mente a los dioses, y las cosas que la naturaleza negaba a la visión humana la extrajo con los ojos

---

17) George Steiner, *Lecciones de los maestros* (México, Ediciones Siruela, Fondo de Cultura Económica, 2007), 33.

18) Steiner, *Lecciones*, 23.

del espíritu. Y cuando había estudiado todas las cosas con su mente y vigilante preocupación, las entregaba a todos para que las aprendieran, y a las reuniones de los que guardaban silencio”.<sup>19</sup>

Miguel enseñaba que Dios solo se revela donde encuentra un espíritu dispuesto y que en la vida contemplativa se da la unidad por antonomasia de “espíritu y su contenido, el logos y su verdad, el pensamiento y lo pensado. La extensión contemplativa busca la verdad hasta darle alcance [...]. Dios es inherente al hombre en esa extensión. La plenitud espiritual enuncia (define) que el espíritu está lleno de Dios y, por lo tanto, de sí mismo. Dios le pertenece como su acabamiento, perfección y verdad. Y en esa pertenencia Dios se revela (alétheia) como su principio ya que “es perfecta una cosa en cuanto se une con su principio””.<sup>20</sup>

Pues bien, Miguel ya estará gozando plenamente *in patria* de esa perfección unitiva con el principio que siempre enseñó *in via*. Su epitafio bien podría rezar lo que se indica en el título del presente *in memoriam*: Vivir rectamente es alcanzar la Verdad,<sup>21</sup> solo que esa Verdad ya es con mayúsculas para nuestro querido Miguel.

El autor es Doctor en Filosofía, Investigador Adjunto en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Profesor en la cátedra de Historia de la Filosofía Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y director de la revista científica *Scripta Mediaevalia*.

\*\*\*

---

19) “[M]ente deos adiit et, quae natura negabat visibus humanis, oculis ea pectoris hausit, cumque animo et vigili perspexerat omnia cura, in medium discenda dabat coetusque silentum”, Ovidio, *Metamorfosis*. Traducción de Ana Pérez Vega (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002), 309.

20) Verstratete, *Introducción a la filosofía*, 242. La última cita entrecomillada corresponde a Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, 12,1.

21) Cfr. Salmanticensis, *Cursus Theologicus*, Dub, 2. nº 64. Citado por Verstratete, 149.

# Miguel Verstraete. *In memoriam*

---

## Rubén Peretó Rivas

Universidad Nacional de Cuyo

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

[ruben.peretorivas@fulbrightmail.org](mailto:ruben.peretorivas@fulbrightmail.org)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7960-1129>

Me encuentro con una primera dificultad a la hora de escribir esta hoja de recuerdos: ¿cómo debo llamarlo? Las normas académicas requieren que lo nombre Prof. Dr. Miguel Juan Verstraete. Sin embargo, él, “el Miguel”, no se reconocería con tales apelativos, porque Miguel era Miguel. A secas. Y así me lo hizo saber cuando lo encontré por primera vez en septiembre de 2001 en los pasillos del cuarto piso de la Facultad de Filosofía y Letras, siendo él decano y yo apenas un doctorando que terminaba su tesis en Roma. Lo llamé “doctor” y le pedí una audiencia. Y él me dijo: “Soy Miguel; venga conmigo ahora mismo al decanato”. Porque así era él: simple, alejado de oropeles mundanos y siempre dispuesto a escuchar en el momento mismo en que cualquiera lo requiriese.

Fueron exactamente veinte años de una gran amistad que me cambió profundamente. Yo no sería quien soy si no hubiese sido por Miguel, y esto, que parece una frase hecha y hasta un poco cursi, es la pura verdad que no puedo más que reconocer y agradecer. Los filósofos personalistas, sobre todo Emmanuel Levinas, han señalado la importancia del encuentro con el otro como hitos en la propia biografía, y el encuentro con Miguel, en mi caso y en el de muchos otros, lo fue. Nadie podía permanecer indiferente ante su palabra clara y ante su discurso filosófico que se colaba permanentemente en cualquier conversación. Porque Miguel era esencialmente un filósofo que no podía desprenderse de la mirada metafísica al tratar cualquier tópico. Siempre, en cualquier diálogo, aparecerían necesariamente Aristóteles, la importancia de los

accidentes o la centralidad del arché, porque su recurso a los términos griegos era inevitable, y no por pedantería académica, sino porque sabía que era el modo más adecuado para precisar una idea.

Miguel era también esencialmente un maestro, y entendía a la docencia como una misión impostergable, y se entregaba a ella con un ímpetu y una dedicación que no lo abandonaron ni siquiera en sus últimos años. Sin libros ni apuntes sobre el escritorio, se paseaba durante las horas de clase en el frente del aula, explicando la lección del día y trazando en el pizarrón las palabras claves y los esquemas que ayudaban a los estudiantes a asimilar los conceptos que transmitía con pasión. Para él, efectivamente, la enseñanza era una pasión; una misión apasionante. Muchas veces le escuchamos decir con ilusión que lo que él transmitía a sus alumnos, éstos después se lo transmitirían a sus hijos, y no se refería, claro, a abstractos conceptos filosóficos, sino al concepto de la vida misma y de su finalidad última: la plenitud en la contemplación eterna del Logos y, a través de Él, del Padre.

Miguel no reducía su labor docente a las clases. También escribía incansablemente volcando en el papel su propia filosofía, o su propia comprensión de la realidad. Son innumerables cuadernillos escritos a mano, y que se negaba sistemáticamente a publicar. Yo era uno de los poquísimos privilegiados a quienes pasaba sus escritos pidiéndonos que los leyéramos e hiciéramos todas las correcciones que nos parecieran necesarias. No siempre yo estaba de acuerdo con él, y con cierta osadía se lo hacía saber, utilizando en ocasiones una terminología y unos modos que, al recordarlos, me parecen excesivos. Miguel, sin embargo, los aceptaba, los discutía conmigo —que no era y no soy más que un aprendiz de filósofo—, y no pocas veces me entregaba una versión corregida de sus escritos para que volviera a leerlos. Y ese intercambio de ideas en la palabra dialogada y en la palabra escrita provocó que a lo largo de los veinte años de amistad yo fuera tallando las rigideces de escuela en las que había sido formado y que también él matizara sus propios enunciados. ¿Qué otra cosa sino esto es la amistad?

Esta capacidad de escuchar y discutir las opiniones de otros tiene un nombre: humildad, una virtud que escasea en los ámbitos académicos. Y

no era la única. Porque Miguel era, sobre todo, un hombre virtuoso, en el sentido en el que Aristóteles o el Evangelio le asignan al término. A poco de conocerlo, nos fueron encomendadas las nacientes cátedras de antropología en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Mendoza, él como titular y yo como su asociado, y en las que permaneceríamos juntos por más de diez años. Y fue esa la ocasión para que, durante un semestre, compartiéramos las clases y la comida dos veces por semana. Y recuerdo que, en un momento, reflexionando sobre esos encuentros, se me hizo evidente una realidad: “Miguel es un hombre virtuoso”. ¿De cuántos más podría yo decir lo mismo? De muy pocos, si es que de algunos.

Lo que más me impactaba era su cercanía y capacidad de adoptar el lugar del otro reconociendo, a la vez, el suyo propio. Son innumerables las anécdotas que atesoro en este sentido. Recuerdo, por ejemplo, que la universidad proveía a los profesores titulares y asociados de una credencial que nos permitía estacionar cómodamente el auto dentro del mismo edificio. Miguel nunca quiso solicitarla porque —me dijo—, no quería gozar de un beneficio del que otros no gozaban. O bien, estando una mañana en un bar tomando un café, se acercó una persona a pedir dinero. Yo, con cierto fastidio, le dije que no tenía. Miguel, en cambio, le dio un billete de una cantidad considerable. Yo lo miré asombrado y él me dijo: “Siempre les doy, porque me recuerdan que yo podría estar en su lugar”. Esta frase aún resuena en mis oídos y no puedo olvidar el impacto que me causó su brutal realidad. ¿O es que hay alguna razón por la que yo no pudiera ser un pordiosero? ¿Es que hay algún mérito de mi parte? Si Santa Teresa de Jesús me había enseñado retóricamente que la “humildad es andar en verdad”, Miguel me enseñó a encarnar esa verdad en los actos concretos de la vida cotidiana.

Miguel gozaba en reunirse con un amplio grupo de entrañables amigos. Las veladas en su casa, en las que nos esperaba solícito con su pisco y su palta pisada —¿y cómo olvidar a Coty llevando y trayendo empanadas o sandwiches o dulces?— se sucedían con frecuencia, y él nos alentaba a que nos reuniéramos aún más frecuentemente. Era una necesidad de su afecto y de su urgencia docente, pues no sólo admitía en su círculo a quienes habíamos recorrido con él buena parte de la vida,

sino también a los más jóvenes, a los que recién se estaban iniciado en los estudios universitarios de la filosofía.

La noticia de su muerte repentina me encontró en la Universidad de Pittsburgh, donde estaba terminando un libro. Mi despedida, sin saberlo, había sido pocas semanas antes, cuando previo a mi viaje, estuve en su casa con otro amigo entrañable. Había, como siempre, empanadas y cerveza, pero ya no estaba “la Coty”, y la soledad de su inolvidable casa, en la que abundaban la madera y los muebles antiguos, y de Miguel se imponía silenciosamente. Recuerdo su mano que estrechó la mía por última vez, delgada y un poco trémula, y su figura apoyada en el vano de la puerta mientras nos despedía. Fue la última vez que lo vi.

Sin embargo, no quiero terminar con ese recuerdo cargado de nostalgia. Prefiero otro. Fue en el año 2006, y era el primer fin de semana de marzo. Habíamos ido, como era habitual para esa fecha, un grupo amplio de amigos a una suerte de reunión filosófica en una casona señorial de las afueras de Mendoza. Y Miguel habló en esa ocasión de la muerte; de cómo entendía él la muerte. Y nos explicó, con su lenguaje siempre complejo y con abundancia de neologismos, que él entendía la vida en este mundo como la estancia de una mariposa que aún no es tal, en su crisálida. Una etapa oscura y dolorosa, en la que se produce la metamorfosis por la que deja de ser una oruga y despliega sus potencialidades hasta que, en el momento en que ya es en acto lo que debe y para aquello que la destinó su naturaleza, el capullo se abre, la mariposa despliega sus alas multicolores y emprende su vuelo. Y estoy seguro que fue eso exactamente lo que ocurrió al atardecer del 17 de noviembre de 2021.

El autor es Licenciado y Doctor en Filosofía por la Pontificia Università S. Tommaso d’Aquino de Roma y máster en Estudios Medievales por la FIDEM de Lovaina. Es Profesor titular en la Universidad Nacional de Cuyo e Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Su campo de investigación es la Filosofía Medieval y el pensamiento patristico. Posee múltiples publicaciones en el país y en el extranjero.